

## Obituario

### FRANCISCO JAVIER ERREA IRIBAS, PERITO AGRÍCOLA

Javier Errea Múgica

**Y** nosotros que pensábamos que nuestro padre era indestructible, incluso durante estos meses de frágil vida prorrogada, y resulta que era normal, como todos. Y que se ha muerto, como todos.

Sí, Francisco Javier Errea Iribas, nuestro padre, era un tipo normal. Tan normal era que para morir se ha elegido el tiempo del coronavirus. Cuando ni se permiten visitas, ni su funeral puede celebrarse, ni la gente querida juntarse a despedirle. El mismo día que murió su suegra hace dos años (apostó a ello) y el mismo día del mismo año en que ha muerto su gran amigo Miguel Uranga, a quien visitaba todos los lunes en su residencia. Casi mejor, decía con un hilo de voz en el hospital San Juan de Dios. Nunca le gustó llamar la atención, no era cuestión de hacerlo al final. Se ha ido de puntillas.

Nuestro padre se ha muerto a punto de cumplir 83 años, que es la esperanza de vida media de un hombre en España: normal. Ni guapo ni feo. Ni gordo ni flaco. Iba a decir que ni alto ni bajo... (En las fotos de grupo, pese a su 1,66, se colocaba siempre detrás de la última fila. Guardamos muchas en las que no se le ve, aunque sabemos que está).

En el porche de casa de nuestro padre, en Gorraiz, hay una pequeña placa de cerámica que dice: 'Aquí vive un perito' (agrícola, de la escuela de Villava). El que vale vale y el que no a peritos, repetía. Cursó, pues, carrera de grado medio, aprobó por los pelos la oposición y se convirtió en funcionario. Primero, del Instituto de Reforma y Desarrollo Agrario; y, una vez transferidas las competencias de agricultura, de la administración foral: en Riegos de Navarra y en la sección de Comunales. Fue jefe de gabinete durante cuatro legislaturas: una con José Cruz Pérez Lapazarán, dos con Ignacio Martínez Alfaro

y otra más, ésta en Administración Local, con Alberto Catalán. Al jubilarse, el Ministerio de Agricultura le impuso su medalla al mérito agrario. Con todo y su normalidad, la concentración parcelaria y el campo navarro le deben lo suyo.

Como deportista, nuestro padre era diésel, es decir, normal. No destacaba en nada, pero era competitivo en todo. Constante y con mala uva. Jugó de lateral en el Minerva en sus años del colegio Maristas. En el frontón no fue zaguero de poder sino mañoso. Hizo pareja muchos años con Miguel Ángel Dorremochea, inventor del Torneo del Jamón del Club de Tenis, que nunca llegaron a ganar. El de segunda categoría, se entiende. Luego, le dio por la bici y, finalmente, volvió al monte, pero nada de cumbres heroicas: fue miembro y tesorero de Aitonak. Más del Movistar que de Induráin (con Valverde se le caía la baba), más del Barça que de Messi (en los últimos tiempos se había vuelto muy rojillo), llevaba mal que dos de sus hijos y su nieto 'favorito' le hubieran salido madrildistas. Para él, lo importante era que perdiera el Madrid.

Nuestro padre era el tercero de ocho hermanos de una familia normal. Todos le sobreviven. Hijo de Faustino Errea Nuin, de Eugi, y de Soledad Iribas Cueva, de Betelu, nació el 2 de abril de 1937 en uno de esos chalés que antes jalonaban la carretera de Estella, hoy Pío XII. De su padre, hablaba con devoción. Emigrante a las Filipinas, Faustino abrió a su regreso una zapatería en la calle Comedias y luego otra en la actual plaza de Merindades. También compró un terreno baldío e inundable en el límite de Villava, le puso por nombre Miravalles y convirtió aquella finca en un lugar de encuentro donde lo mismo se daban cita seminaristas que artistas como Eslava y Lasterra, se celebraban grandes partidos de pelota, se ofrecían opíparos aperitivos y se gustaban matrimonios. ¡Te hubiera gustado tan-

to conocerlo!, me decía. El recuerdo de aquella finca de su padre y otras cosas que no vienen al caso le marcaron el resto de su vida.

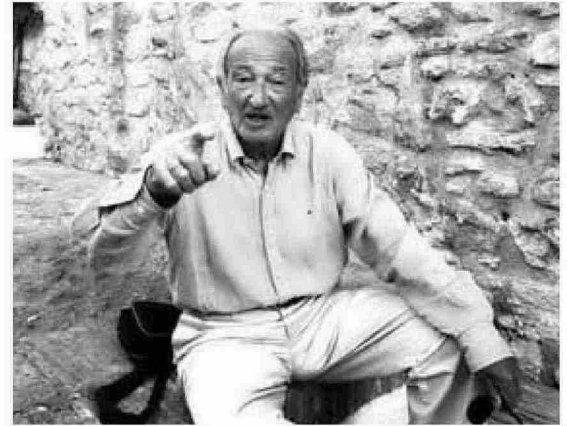
Pero nuestro padre también era extraordinario.

Era el mejor consuegro del mundo, por ejemplo, y el mejor anfitrión natural. Tenía a quién darse.

También, era un temperamento de campeonato. Exagerado y cabezón. De los que se mojan. Si consideraba algo justo, iba hasta el final. En el tardofranquismo defendió a unos compañeros del IRYDA. Fue llamado a capítulo a Madrid. Pero no se arrugó y dio la cara por ellos. En el nuevo colegio Larraona de los setenta, donde estudiamos, formó parte de la asociación de padres y de los primeros consejos escolares. Quería mucho a los claretianos, pero era un querer crítico, y también peleó a veces con ellos. Ni con unos ni con otros. Sufrió mucho porque esperaba mucho. No solía sentirse comprendido. Tenemos a quién darnos.

Conservaba el récord del mundo de la impaciencia y del mal humor: capaz de salir de viaje sin esperar a nadie, de tomarse la sopa ardiendo o de pegarle un grito al nieto que se atrevía a meter el tenedor antes que los mayores. Sin embargo, ¡qué cosas!, en los últimos años no escatimaba horas cortando hierbajos en el jardín o persiguiendo al topo. Y ha estado trece años traduciendo óperas. Más de noventa de Rossini y Bellini, sus preferidos. Como lo hacía es un misterio porque no hablaba italiano y porque además era especialista en perder archivos y bloquear el portátil. Pero se las arreglaba (el ordenador se lo arreglaban mis hermanos Daniel y José o mi hijo Javier). La muerte le ha sorprendido —¿casualidad?— con 'El paria', de Donizetti.

Era cliente 'premium' de Amazon (lo decía con orgullo). Es la única 'tarjeta oro' que ha tenido en su vida. Ganada a pulso. Com-



Francisco Javier Errea Iribas.

praba con el móvil cualquier cosa a cualquier hora, y, sobre todo, cerveza. De 24 en 24. No fuera que llegáramos y no hubiera existencias para nosotros... y para él. ¡El último encargo, hecho desde el hospital, llegó a casa el mismo día de su fallecimiento! Alhambra debería brindarle un homenaje.

Trabajó como una mula y no ahorró un céntimo. No tuvo deudas ni acciones. Lo que ganaba prefería mil veces disfrutarlo con su mujer, María Jesús Múgica Goñi; con sus cinco hijos: Javier, Daniel, Guillermo, Miguel y José; y con sus trece nietos. Ellos eran su verdadero ahorro a plazo fijo. A la que podía, nos reunía en el Enekorri o en el Zubiondo, que ya forman parte de la mitología familiar. Ahora que tanto se habla de virus, él nos inoculó dos, mortalmente: el del trabajo y el del disfrute juntos. No viviremos lo suficiente para agradecerse.

También fue un pionero sin saberlo. Nos descubrió la foz de Mintxate y la acampada silvestre cuando nadie hacía eso. Allí vivíamos como salvajes, disparábamos con perdigones a dar, inventamos el pádel sobre pista de tierra. Él cargaba el coche, hacía dos viajes desde Pamplona, plantaba

las tiendas, preparaba el fuego... Lo hacía todo y los demás nos sentíamos protegidos. Consiguí que a esa aventura se sumara gente impensable. Forjó una leyenda, la nuestra.

Todavía no he hablado del largo, esforzado y admirable matrimonio con María Jesús, su gesta inolvidable. Había prometido que esperaría a que ella cumpliera 18 (desde los 14), y la esperó. Operado de menisco, con la rodilla vendada, le pidió matrimonio en el bar Aralar. Pospusieron un año la boda por el fallecimiento de Faustino. Se casaron el 8 de septiembre de 1965 en la Trinidad de Arre. No se parecían en nada y no siempre las cosas fueron fáciles. Cincuenta años después, otra vez en Arre, papá tuvo la gallardía de pedirle perdón a mamá por todo lo que había podido hacerla sufrir. No soy tan bueno como creéis, decía misterioso. Pero allí estaban, juntos y dando gracias a Dios.

Pensábamos que nuestro padre era indestructible y ahora que se ha muerto sabemos que lo era. Porque era normal, como todos los padres.

Javier Errea Múgica es hijo del fallecido.